

PENSAMIENTO Y ESCRITURA EN CERVANTES

El establecimiento, por parte de muy importantes críticos y glosadores, de una influencia del pensamiento renacentista europeo en la obra de Cervantes, o, como Américo Castro lo expresa, de un material de acarreo - ese pensamiento y renacentista y concretamente erasmistas - para levantar su escritura literaria plantea implícita, pero el ineluctablemente, la pregunta por quién es verdaderamente Cervantes, y por si el pensamiento y problematismo intelectual que en su obra se han detectado no son otra cosa que el mero reflejo del problematismo del tiempo, y pensamiento ajeno, pensado y como molido en ajeno molino, y acarreado simplemente, luego, como material de construcción literaria.

El caso más paradigmático sería, a este respecto, el del supuesto erasmismo cervantino, detectado especialmente en los pasajes de crítica anticlerical, algo, a mi juicio, por demostrar aún de modo indubitable, y tanto más, si se tiene en cuenta que sería absolutamente reductivista del pensamiento de Erasmo, contraerlo a esas críticas, por lo demás, ni únicas en su tiempo, incluyendo las de los reformistas tridentinos como Díez de Luco, ni verdaderamente nuevas; y aun podría decirse que esa crítica anticlerical ya a fines del XV está así agotada, y, desde luego, no tiene el vigor, por poner un ejemplo, de las que Dante, Petrarca, o Catalina de Sirena, y ni siquiera la punzante y deliciosa ironía de la de los cuentos de *El libro de los gatos*, o la de las mismas críticas y burlas populares, como nos muestran las declaraciones inquisitoriales de los primeros tiempos del Tribunal, cuando todavía no estaba formalizado el esquema procesal y las audiencias eran una especie que conversación, tal y como se nos ofrece en *Las Testiguanzas* del tribunal de Sigüenza. ¿Necesitaría entonces Cervantes recibir un material crítico de esta clase para incorporarlo a su escritura? ¿Tendría que documentarse en Erasmo para esto, o para mostrar, en otro orden de cosas, su preferencia por los apotegmas o en refranes?

Una cuestión previa, sin embargo, para encarar este asunto, está en la necesaria dilucidación de la diferencia del ver y valorar, sentir, y pensar de quien maneja ideas, y comprende y expresa la realidad en un plano especulativo, y del escritor, cuya aproximación y asunción de esa realidad es totalmente distinta. Henry James ha resumido éstas, diciendo que el escritor tiene *el poder* (más bien *el don*, matizaría por mi cuenta) de imaginar *lo desconocido por lo conocido, de averiguar la implicación de las cosas, de juzgar el todo por una parte, la cualidad de sentir la vida en general tan intensamente que va bien encaminado para conocer cualquier rincón especial de ella*; y el señor en el Miguel de Cervantes era un escritor.

Ahora bien, la revolución renacentista - de específica aportación española por lo demás - consiste precisamente, como ha señalado el profesor Ernesto Grassi, en que, frente a la filosofía tradicional y racionalista, según la cual la verdad es un ente fijado por la *ratio*, que a su vez sustenta la palabra, entiende que es en la palabra en la que se revela el ente en su verdad, y que *únicamente ahí resulta posible descubrirlo y desvelarlo*. Lo que es decir que se reclama, para la escritura literaria, para la palabra *indicativa* y no *demostrativa*, para el lenguaje mítico y no sólo para el lenguaje racional, el estatuto de medio de conocimiento de la realidad. Y esto significa, entonces, que Cervantes, contador de historias, cuando cuenta estas - y *no las construye*, porque esto de la construcción es asunto de otros oficios como diría William Faulkner -, está

mirando la realidad con sus ojos de escritor, y expresándola a su modo de escritor, sin tener que acarrear nada de ninguna parte, sino que lo hace como un buscador de la verdad, al mismo nivel e *inter pares* de los más altos espíritus de su tiempo. Es decir, es un cómplice del imaginario y del problematismo de su tiempo, tanto del Renacimiento como del Barroco, pero mostrando el mundo, y las pasiones humanas que son al fin y al cabo el material del narrador, con sus específicos medios de escritor y bajo el régimen de un lenguaje llevado a la simplicidad y eficacia más altas, *con la insipidez de la leche y el pan*, que escribe Marcel Bataillon en feliz fórmula definitoria.

José JIMÉNEZ LOZANO.